

## LOS PAISAJES (CULTURALES) QUE VIENEN

### **Pere Sala i Martí**

Director del Observatorio del Paisaje de Cataluña.

pere.sala@catpaisatge.net

Tengo el honor de prologar un libro que pone de relieve el interés creciente que está despertando el paisaje en los últimos años entre instituciones académicas y gubernamentales, entidades culturales y actores sociales en América Latina. En la última década he tenido la oportunidad de conocer en este continente una amplia y apasionante galería de organizaciones, grupos de investigación, asociaciones, redes, iniciativas y profesionales con una nueva manera de acercarse, de entender, de pensar, y de interactuar con el paisaje, y que están desarrollando una tarea tenaz y encomiable en sus respectivos países, a veces incluso nadando a contracorriente en los contextos que les rodean. Hoy el paisaje, en su sentido más amplio, es percibido cada vez más como un bien común, como un activo patrimonial, como un motor para el desarrollo de los territorios, y como una vía para incrementar la calidad de vida de las personas.

Coordinada y editada de manera excelente por los arquitectos y urbanistas Carolina Fiallo y Joaquim Sabaté, la presente obra hace emerger doce paisajes culturales chilenos de gran interés. Paisajes donde la singular y excepcional combinación de elementos naturales y culturales -materiales o intangibles- se traduce en una riqueza de valores patrimoniales, estéticos, productivos, simbólicos e identitarios que merecen ser preservados y destacados mediante una gestión y ordenación adaptadas a la contemporaneidad, evitando su fosilización y que contribuyan a la concienciación colectiva y al desarrollo local, sin caer en la creación de parques temáticos o de paisajes escaparate.

Para referirme a los paisajes culturales seleccionados en el libro he añadido muy conscientemente en el párrafo anterior el calificativo “de gran interés”, utilizado muy oportunamente por Eugenio Garcés en su introducción, ya que si solo calificamos algunos paisajes culturales como “de interés” -y esto pasa a menudo- existe el riesgo de inducir a pensar que el resto de los paisajes no lo son. El matiz me parece relevante, ya que partimos de la idea de que todo es paisaje, y de que todos los paisajes son culturales, en tanto que son el resultado de una actuación humana milenaria y de la traducción directa sobre el territorio de una determinada cultura. Con todo, si bien esto es cierto, también lo es que algunos paisajes muestran con más intensidad que otros los valores que emanan de la relación histórica entre una sociedad y el territorio que construyen.

Los paisajes culturales que nos descubre detalladamente el libro son los de Cabo de Hornos, Tierra del Fuego, Chiloé, Mapuche, del carbón en Lota, del Valle Central, del cobre en Sewell, de Santiago, de *Rapa Nui*, de Valparaíso, de las oficinas salitreras y de la Ruta de la Sierra, y de cada uno ellos se resalta su carácter, es decir, sus rasgos propios y distintivos, que les dan identidad y personalidad. Todos estos paisajes, heredados de la ocupación indígena, la colonización española, los asentamientos históricos, las condiciones de insularidad, la agricultura, la pesca, la minería, o las actividades extractivas tradicionales, reclaman y reivindican una gran variedad de valores que se van desgranando en cada capítulo y que las políticas públicas deberían tener cada vez más presentes.

En un contexto de globalización galopante, en el que se acentúa la sensación de estar viviendo en un mundo cada día más deslocalizado y homogéneo, la importancia de los lugares y sus características diferenciales cobran cada vez más importancia entre la población. Por ese motivo, ganan valor los territorios que más se vinculan con la historia, la identidad y la memoria, y su gestión y ordenación precisarán de nuevas herramientas muy distintas a las actuales, así como de proyectos territoriales renovados, pensados y ejecutados desde aproximaciones multidisciplinares, que permitan comprender de forma integral la complejidad de los lugares.

A diferencia de aquellos convenios internacionales que se centran exclusivamente en la protección del patrimonio cultural -material o inmaterial-, o en la conservación de la natu-

raleza, la aprobación en Florencia (Italia) en el año 2000 del Convenio Europeo del Paisaje, fusionó por primera vez los conceptos de patrimonio cultural y natural en una visión integral del paisaje. Dicho Convenio también nos aleja de la diferenciación extrema entre aquellos paisajes más singulares y emblemáticos y los que de entrada se supone que tienen poco o ningún valor, y que suelen coincidir con los que habitamos a diario, los paisajes cotidianos, que son la inmensa mayoría. No podemos obviar que existe una gran diversidad de paisajes (cotidianos) que pasan a ser patrimonio porque son patrimonializados por las comunidades, que se construyen a través del vínculo y la experiencia entre la población y el territorio, en su cotidianidad. Estas relaciones nos conducen hacia un concepto de paisaje más democrático, participado y plural, con responsabilidades compartidas, donde los actores ya no son solo los técnicos en la materia, sino que es la propia sociedad quien atribuye valores a determinados paisajes. Dicho de otro modo, los paisajes culturales equivalen a la expresión más abierta del territorio patrimonializado por la sociedad.

Desde el inicio, hace diecisiete años, el Observatorio del Paisaje de Cataluña hemos intentado demostrar -a través de la elaboración de los catálogos de paisaje, en los que Joaquim Sabaté participó activamente- y en el ámbito de la gestión y la ordenación del paisaje, que es posible que las políticas públicas de paisaje puedan diseñarse partiendo de las premisas anteriores; que no hay paisajes mejores o peores, sino diferentes, con retos muy diversos; que los valores sociales, culturales, históricos, simbólicos o estéticos tienen el mismo peso que los valores ecológicos, y que además son perfectamente objetivables; o que el hecho de que muchos de estos valores tengan una dimensión intangible no los convierte en menos relevantes. Defender esta nueva perspectiva ante la Administración (que a menudo solo valora la dimensión tangible y visible del paisaje) sigue siendo complicadísimo, pero vamos avanzando. Por este motivo estoy plenamente convencido que las políticas de paisajes culturales del futuro deberán resaltar aquellos paisajes que merecen un tratamiento especial por razones diversas, pero además no podrán olvidar el resto de los paisajes, que, sin necesidad de tener una etiqueta diferenciada, deberían ser también objeto de gestión.

He aquí, pues, un libro que enriquece la mirada a los paisajes culturales chilenos, evidencia su extraordinaria diversidad, refuerza su profundo carácter patrimonial, e invita a los actores locales -junto con los nacionales- a desarrollar un rol sustancial y primordial en su futura gestión desde una visión global, abierta, transversal e integradora.